

Mata-Hari

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

MATA-HARI (LADY MACLEOD).

ANTJE VAN DER MEULEN.

ADAM ZELLE.

GRETA.

PROFESOR VEDT.

RUDOLF MACLEOD.

OFICIALES.

NOONA.

BALBIAN VERSTER.

PAPÁ BEBÉ.

EMILIO GUIMET.

PRESIDENTE TRIBUNAL.

FISCAL.

DEFENSOR CLUNET.

VON KALLE.

PIERRE DANVIGNÉS.

JOAQUÍN FENOLL.

BOTONES.

POLICÍAS.

FALSA MATA-HARI.

AMIGA MATA-HARI.

SOR LEONIDE.

SOR MARIE.

DOCTOR BRALEZ.

Primera parte

Espacio escénico: una arquitectura intemporal que podría parecer una estación de ferrocarril o una central de correos o de banca. También podría ser la gran sala de un edificio de bolsa, una fábrica o un almacén. Incluso un vestíbulo de hotel o una cárcel.

MATA-HARI- Me llamo Margarita Gertrudis Zelle, aunque todo el mundo -ustedes también, supongo- me conoce como Mata-Hari. No sé si este nombre les dice algo. Seguramente. Se han escrito sobre mí tantos libros... se han inventado tantas historias... Ciertas... falsas... ¿Qué importa? Sólo las gentes vulgares disponen de una sola biografía. Y de mí se pueden inventar muchas calumnias, pero ¿vulgar? No: yo siempre fui... diferente.

¿Cómo contarles mi vida? Todo es tan confuso... Podría empezar por el día en que llegué al Hotel Palace de Madrid... el año 1916. Europa era un enorme vestíbulo de cristales emplomados en el que las vidrieras empezaban a estallar una a una.

También podría empezar por la mañana en que me detuvieron en París. O en el amanecer de mi fusilamiento. No sé. Ahora, cuando ya sólo soy una página en el libro amarillento de la Historia, me parece como si mi vida no hubiera tenido nunca ni un principio ni un final. Como si Mata-Hari -Margarita Gertrudis Zelle- no hubiera nacido todavía.

(Cambia bruscamente la escena. Y las luces. Y la música. Estamos en Leeuwarden, Frisia, Holanda, un día de invierno de 1891. Los proyectores señalan únicamente dos caminos de luz por los que pasean, en direcciones distintas, un hombre y una mujer. Se llaman ADAM ZELLE y ANTJE VAN DER MEULEN, y son los padres de MATA-HARI.)

ANTJE- ¿Te acuerdas de la mañana en que nació nuestra hija?

ADAM- ¿La mañana? ¿Estás segura de que fue una mañana?

ANTJE- Claro. ¿Cómo no voy a estar segura? Y a las once en punto. Era un lunes: los granjeros de toda Frisia habían venido al mercado de la ciudad.

ADAM- Te equivocas. Los días de mercado en Leeuwarden nunca fueron los lunes, sino los viernes.

ANTJE- Eran los lunes.

ADAM- Los viernes.

ANTJE- Serían los viernes, pero la mañana en que nació Greta -¡a las once en punto!- había mercado y era lunes.

ADAM- Está bien: tú ganas.

ANTJE- No me des la razón como a los locos. Lo que ocurre es que tú nunca te enteras de nada porque te pasas la vida en tu tienda vendiendo sombreros de copa, hongos, gorras militares...

ADAM- Vendo sombreros porque soy sombrerero. ¿Qué tiene de extraño? Lo raro sería que, siendo sombrerero, vendiera vacas.

ANTJE- No me gusta que desvíes la conversación, Adam Zelle. Te estaba hablando del día en que vino al mundo nuestra hija, Margarita Gertrudis, a la que siempre llamamos Greta. Cuando nació era rubia como el oro.

ADAM- Nunca fue rubia, nunca. Nació morena, con una pelusilla desagradable y con un ojo amoratado.

ANTJE- No es cierto, Adam Zelle. Tengo el orgullo de ser la madre de Greta, la niña más bonita de toda Holanda.

ADAM- Sí, eso es verdad. Y yo el padre. Greta es diferente. Cuando va a la escuela con su vestido a rayas rojas y amarillas...

ANTJE- No son rojas y amarillas: son amarillas y rojas.

ADAM- Es lo mismo.

ANTJE- No, no es lo mismo. Los hombres no entendéis de estos asuntos.

ADAM- Vendo sombreros. Entiendo de rayas. Sé distinguir entre el amarillo y el rojo. No estoy ciego.

ANTJE- Como si lo estuvieras. Tenemos una hija con un porvenir maravilloso y tú no lo sabes.

ADAM- Sí lo sé. A los cuatro años le regalé un exquisito carruaje de cuatro asientos arrastrado por dos cabras con los cuernos bellamente adornados. No se hace este regalo a una niña si no se sabe que tiene madera de princesa.

ANTJE- Y de escritora. Escribe poemas. Bellos, hermosos y apasionantes poemas. Como será su vida, ¿verdad?

ADAM- Sí, como será su vida.

ANTJE- Por eso tiene los ojos oscuros, en forma de almendra... como el misterio.

ADAM- Tiene los ojos claros y redondos... como la realidad.

ANTJE- No te fijes, Adam Zelle. Greta tiene los ojos oscuros, negros, y haz el favor de no discutírmelo, ¿quieres?

ADAM- Está bien, tú te lo has buscado. No quería darte un disgusto, pero tú te lo has buscado: tienes tan mala memoria porque estás muerta. Sí, Antje Van der Meulen, te moriste en 1891 cuando Greta tenía quince años y por eso te armas un lío cuando hablas.

(El padre, después de dar la desagradable noticia, se marcha de mal humor. Se escucha una suave melodía. La madre canta a la vez que llega, por un lateral, Margarita Gertrudis Zelle, la pequeña GRETA, patinando. La canción de la madre dice poco más o menos, mientras la niña patina.)

ANTJE-

Fue en aquel invierno -el más frío de todos-
cuando dejó de oírse mi pobre corazón.

La ciudad estaba en calma, las ventanas echadas,
y en la torre de iglesia suspiraba el reló.

Los molinos de viento en el azul del cielo,
los troncos en la hoguera que una mano encendió,

y el sonido del mar que traía de lejos
la espuma de las olas igual que una canción.
Las vecinas venían con flores olorosas,
hierbabuena, albahaca y de sopa un tazón;
el aire se filtraba en los atardeceres
y los gatos maullaban temblando en un rincón.

**(Aparece -también patinando- un joven y apuesto oficial.
GRETA, la niña, y el soldado, bailan, sobre la música, su
feliz encuentro amoroso. La madre continúa cantando.)**

ANTJE-

Sólo ella reía, sólo ella jugaba,
sólo ella, jugando, del hielo se rió.
Tenía quince años igual que quince rosas
y no sabía apenas que me moría y o.
Las orquídeas dormidas, los tulipanes quietos,
hacía tanto frío que el Zvider Zee se heló.

**(La niña ha tropezado con el oficial, quien la abraza
cariñosamente.)**

Y en el mar congelado y en la nieve del río
con un soldado rubio allí encontré el amor.

(Alguien toca al piano una conocida romanza de ópera.

Podría ser un aria de «La traviata» o algo parecido.

Rápidamente, GRETA despide al oficial con un beso, se quita los patines y va a cantar junto al piano. El pianista - que resulta llamarse VEDT y ser el director del colegio de Leyden en donde fue ingresada la niña a raíz de la muerte de su madre- la riñe muchísimo.)

VEDT.- No, no, no. No es eso. Tiene usted muy mal oído, señorita Zelle. A ver, repita usted conmigo. (**El profesor VEDT toca unas escalas que GRETA se esfuerza en repetir.**) Dentro de unos días va a ser Navidad, señorita. Vamos a dar una fiesta en el colegio. ¿Cómo quiere usted intervenir en esa fiesta con esta voz de gato escaldado?

GRETA.- Yo no quiero intervenir; es usted el que ha decidido que intervenga.

VEDT.- Porque me cae usted bien, porque me parece simpática... y, hum, porque una chica de la buena sociedad debe saber cantar. Y bailar. Aunque cosas decentes, por supuesto. ¿A usted le gusta bailar, señorita?

GRETA.- No mucho, señor Director.

VEDT.- Haga el favor de no llamarme señor Director. Llámeme... hum, llámeme Vedt, señor Vedt. ¿Está usted contenta en esta Escuela, señorita Zelle?

GRETA.- Sí, señor Vedt.

VEDT.- Me alegro. La educación es algo importantísimo para el futuro de una muchacha. La educación y, hum, el ejercicio. Como dijo Juvenal, «mens sana in corpore sano». ¿Me ha visto usted jugar al tenis, señorita?

GRETA.- No, no señor.

VEDT.- Tendría usted que verme. ¿Le gustaría, hum, jugar al tenis conmigo?

GRETA.- No lo sé.

VEDT.- ¿Es que no se fija usted, hum, en los hombres, señorita?

GRETA.- En este Colegio no hay hombres, señor Director: sólo profesores.

(El señor VEDT mira a GRETA sin saber muy bien qué contestar.)

VEDT.- Está bien. Volvamos a las escalas y procure no entubar la voz, se lo ruego; produce un efecto desastroso.

(El profesor VEDT toca el piano y GRETA hace unas escalas. Bastante mal, por cierto.)

VEDT.- Canta usted muy mal, señorita. No puede decirse que Dios la haya llamado por el camino de la música. Nunca podrá usted cantar; ni bailar, compréndalo.

GRETA.- Lo comprendo.

VEDT.- Hemos terminado por hoy. Puede marcharse.

GRETA.- Gracias, señor.

(GRETA va a marcharse, pero la voz del director la detiene.)

VEDT.- Señorita Zelle, sé que está usted pasando un momento muy triste. Su madre murió hace poco, vive usted en casa de sus tíos y, hum, bueno, es lógico que se sienta usted sola, falta de cariño. ¿Me equivoco?

GRETA.- No sé.

VEDT.- Vamos, hija mía, venga usted aquí y, hum, sincérese conmigo. ¿No es cierto que se siente usted desamparada?

GRETA.- No sé.

VEDT.- No debe preocuparse. En primer lugar, cantar o bailar son cosas importantes, claro, pero, hum, no las únicas posibles en la vida. Por ejemplo... hum... el amor. ¿Ha oído usted hablar del amor, señorita Zelle?

GRETA.- En la clase de Literatura, el profesor Boerhaave nos ha hablado de Goethe.

VEDT.- No me refiero tan sólo al amor poético sino, hum, a otro tipo de amor. Acérquese usted más, señorita; no tenga miedo. ¿La han besado a usted, hum, alguna vez, señorita Zelle?

GRETA.- ¿Mi madre?

VEDT.- No, no me refiero a su madre. Ni a su padre. Un hombre, hum, me refiero a un hombre.

GRETA.- ¿Mi tío?

VEDT.- No, tampoco su tío. Nadie de la familia, nadie. Un hombre y, hum, en la boca. ¿La han besado?

GRETA.- Sí.

VEDT.- Pero, hum, ¿con la boca abierta?

GRETA.- Sí.

VEDT.- Entonces, ¿puedo besarla, señorita?

GRETA.- No.

VEDT.- ¿Por qué?

GRETA.- Porque no me gusta usted, señor Director.

VEDT.- No me llame señor Director, señorita. Llámeme Vedt, Vybrandus Vedt, hum, Vybrandus.

(Se abalanza sobre GRETA quien, naturalmente, se escapa.)

VEDT.- Greta, Greta, estoy enamorado de ti. Desde el primer día que entraste en la Escuela, desde la primera vez que te vi comer mermelada de naranja con, hum, con tus labios gordezuelos. Greta, Greta, no me dejes así, ven Greta, ven.

(La coge de un brazo y la tira al suelo al tiempo que empieza a quitarse los pantalones. La niña se levanta como puede, lucha con él, le pega un empujón y sale huyendo. El profesor VEDT, de rodillas, grita casi llorando.)

VEDT.- ¡Greta! ¡Greta! ¡Vuelve, Dios mío, vuelve! ¡No me dejes así!

(Cambian las luces. Mutis -a oscuras- del profesor Vedt. Su lugar en el piano es ocupado ahora por un oficial del ejército colonial holandés. Estamos en el American Café de Amsterdam. Es una reunión de hombres solos, fundamentalmente militares. Destacan dos personajes: el periodista BALBIAN VERSTER del «Het Niews van den Tag» y RUDOLF MACLEOD, un hombre alto, de facciones enérgicas, vigorosa constitución, poblado mostacho y lucida calva. Es capitán y está de permiso en Amsterdam por problemas de salud. Todos cantan y bailan un número musical que tiene, aproximadamente, esta letra.)

TODOS.-

De nuestra India oriental,
exactamente de Java,
ha llegado el capitán

Rudolf MacLeod a Holanda.

Su padre fue militar,

su madre una baronesa,

ella de sangre real

y él de raigambre escocesa.

Treinta y muchos años tiene,

y le mata la gastritis

y le lleva la colitis

limitado de velocidad.

De permiso se repone

y el café toma de noche

en un Hotel de Amsterdam.

De nuestra India oriental,

exactamente de Java,

ha llegado el capitán

Rudolf MacLeod a Holanda.

Su padre fue militar,

su madre fue baronesa,

ella de sangre real

y él de raigambre escocesa.

Rudolf Mac siempre analiza

la putada de ser viejo,

que ser viejo y ser pendejo

triste sino es de Rudolf Mac.

Una esposa necesita

para el viaje a Sumatra,

que el ardor de tanta Java

tan sólo así se calmará.
Por eso y en este bar
cantamos que nos parece
que la fiebre colonial
y el dormir nos lo entumece,
que casarse da la paz
y joder rejuvenece.
¡Una esposa «jodediente»
necesita el capitán!

(Ríen, chocan las jarras de cerveza y beben.)

BALBIAN.- Deberías casarte, Rudolf.

OFICIAL 1º.- Claro, deberías casarte; tienes muy mala cara.

RUDOLF.- El matrimonio no me arreglaría la cara. Ni las articulaciones. Son muchos años de combatir en las islas a los malditos rebeldes.

BALBIAN.- Un hombre no puede estar solo, Rudolf. Y menos en los trópicos.

OFICIAL 2º.- Además, ahora eres capitán. Te han subido el sueldo; ya puedes comprarte una mujer.

RUDOLF.- ¿Y tú? ¿Por qué no te casas tú?

OFICIAL 2º.- El próximo permiso. Acabo de echarle el ojo a una jovencita a la que voy a embarazar en cuanto se descuide.

RUDOLF.- Pero, ¿cómo me voy a casar? Estoy muy mayor.

OFICIAL 3º.- ¿Mayor? Mi abuelo a los sesenta años cogió unas purgaciones en Rotterdam con una puta de Estambul.

RUDOLF.- Sí, pero yo no soy tu abuelo. Y nunca he conocido una puta de Estambul. Ni pienso.

BALBIAN.- Tienes treinta y nueve años, Rudolf: la flor de la vida.

RUDOLF.- ¿Qué dices? A los cuarenta se acabó todo.

BALBIAN.- Estás loco, neurasténico, apocalíptico... A los cuarenta se acabó... nada. Al contrario. Un oficial tiene que casarse. ¿Cómo vas a hacer una brillante carrera militar si sigues soltero? Todos los generales están casados.

OFICIAL 1º.- O viudos.

BALBIAN.- O viudos, pero casados.

RUDOLF.- ¿Y qué hago? ¿Me pongo un letrerito en la espalda comunicando a las señoritas de Amsterdam que quiero casarme?

BALBIAN.- Rudolf, no eres un hombre moderno. Las Indias te han atrofiado el cráneo. ¿O es que desprecias las enormes ventajas de la publicidad?

RUDOLF.- ¿La publicidad? ¿Qué tiene que ver la publicidad con mi matrimonio?

BALBIAN.- Muy fácil. ¿Me conoces?

RUDOLF.- ¿Que si te conozco? Pues sí, te conozco.

BALBIAN.- ¿Y sabes cómo me llamo?

RUDOLF.- Balbian Verster.

BALBIAN.- ¿Y a lo que me dedico?

RUDOLF.- Periodista. Eres una especie de correveidile impertinente que escribe en los diarios.

BALBIAN.- En el «Niews van den Tag», «Las noticias del día», el más importante periódico de Holanda.

RUDOLF.- Bueno, ¿y qué?

BALBIAN.- Que ahora mismo redacto una nota, la publico en el diario y verás como te empiezan a llover las ofertas matrimoniales.

RUDOLF.- No es verdad.

BALBIAN.- Pruébalo.

OFICIAL 3º.- Claro, pruébalo. ¿Por qué no?

OFICIAL 2º.- Es divertido.

OFICIAL 1º.- Venga, decídetes.

RUDOLF.- Si es que es una bobada; no puede ser.

BALBIAN.- Te apuesto una cena para todos en el restaurante de este hotel a que, antes de una semana, habrás recibido por lo menos una docena de cartas aceptando tu proposición.

RUDOLF.- ¿Y si todas las muchachas que contestan son feas?

BALBIAN.- Se les pide que envíen, al mismo tiempo que la carta, una foto y resuelto. ¿Te atreves?

OFICIAL 1º.- Anda, hombre, que no se diga.

OFICIAL 2º.- Peor son los mosquitos, capitán.

RUDOLF.- Bueno, adelante. Como queráis.

BALBIAN.- (Empieza a redactar.) «Oficial destinado en las Indias Orientales desearía conocer muchacha...»

(La voz del periodista es ahogada por la de los oficiales que cantan a coro.)

TODOS.-

De nuestra India oriental,
exactamente de Java,
ha llegado el capitán

Rudolf MacLeod a Holanda.

**(Cambian las luces. Se van los militares y aparecen
RUDOLF y GRETA cantando sus cartas de amor.)**

GRETA.-

Señor capitán de Indias
me llamo Greta, señor,
y he leído en el diario
que vive usted sin amor.
Con mi carta yo le envió
mi foto y mi dirección.
Si quiere que nos veamos
dígalo ya sin rubor
para arreglarme el pelo,
para comprarme un lazo.

RUDOLF.-

Por la carta recibida,
la letra y la redacción,
colijo, querida Greta,
que tiene usted formación.
Aunque algo delicado
de los dos pies y un riñón,
venga usted, venga pronto,
venga usted, yo la espero,
venga usted, venga, venga,
al amor.

GRETA.-

Su remite y matasellos,
su firma y contestación,
me dicen, querido Rudolf,
que muere usted de pasión.
Como estoy muy aburrida
y mi ciudad es un tostón,
voy a arreglarme el pelo,
voy a comprarme un lazo,
voy a sacarme asiento
de vagón.

LOS DOS.-

Vamos ya cuanto antes,
vámonos ya corriendo,
vámonos ya volando
al amor.

RUDOLF.- Yo llevaría uniforme.

GRETA.- Y yo un libro y una flor.

(Cambio de luces y de ambiente para situar el próximo escenario. Mientras se quitan las mesas y sillas que formaban el bar de Amsterdam y se colocan los muebles de la siguiente escena, MATA-HARI cuenta a los espectadores.)

MATA-HARI- Me casé con Rudolf MacLeod, Capitán de Indias, por una serie de circunstancias tan absurdas como lógicas. Sería fácil decir que lo hice por amor. Tan fácil como falso. No creo que mis biógrafos me lo permitieran. Yo era muy joven, me sentía sola y La Haya no es precisamente una ciudad excitante para una chica que había decidido convertirse en Mata-Hari. Por lo demás, Rudolf era guapo. Bueno, no, no lo era, pero respiraba a hombre, olía a hombre, despertaba a hombre...

(Siempre me han gustado los hombres. No sé si los he querido. Tampoco es necesario. Un hombre es una cosa tangible, próxima, concreta... como la vida. No hace falta querer a la vida para vivirla.)

Me acuerdo de la mañana en que nos conocimos. Fue delante del Rijks Museum de Amsterdam. Como en el texto -ligeramente cursi- de nuestras cartas, él llevaba su uniforme y yo un libro y una flor. Los uniformes... me encantan los uniformes. Desde pequeña. Desde que vi a mi padre recibiendo a Guillermo III con la Guardia Real cuando el Rey visitó nuestra ciudad. O desde que aquel oficial me dio un beso patinando cuando «yo tenía quince años igual que quince rosas y hacía tanto frío que el Zvider Zee se heló».

De modo que a los tres meses nos casamos y al poco tiempo -no diré las fechas exactas para evitar comentarios maliciosos- tuve un hijo. Rudolf tenía que regresar a las Indias y yo le acompañé. Y allí -o aquí- en Java, empezó la compleja aventura de mi destino: algo de lo que me debiera sentir culpable si la culpabilidad fuese algo razonable.

(Java. En escena MATA-HARI, RUDOLF MACLEOD y una criada indígena, NOONA, que está sirviendo unas bebidas. A partir de ahora, a GRETA la vamos a llamar LADY MACLEOD que es, naturalmente, MATA-HARI.)

LADY MACLEOD.- Gracias, Noona: puedes retirarte.

(NOONA -la criada- se va con la bandeja en la que trajo los licores. Después de un silencio, LADY MACLEOD dice a su marido refiriéndose a la criada.)

LADY MACLEOD.- Me han dicho que has castigado a su hermano con cincuenta latigazos delante de todo el Regimiento y que le has enviado a prisión.

RUDOLF.- Sí.

LADY MACLEOD.- ¿No es excesivo?

RUDOLF.- ¿Vas a indicarme cómo tengo que mandar a mis hombres?

LADY MACLEOD.- Pero, Rudolf, Noona es nuestra criada y la niñera de Norman y de Juana Luisa.

RUDOLF.- Y su hermano un sinvergüenza; eso: un sinvergüenza. Le ascendí a sargento porque al principio funcionaba bien, pero ya no. Se ha llevado los latigazos que se merecía. Y basta. No quiero seguir hablando de este asunto.

LADY MACLEOD.- Perdóname.

(Beben sin hablar aunque, evidentemente, la tensión no ha disminuido.)

RUDOLF.- ¿Qué te dijo la otra noche el General Zeisenis?

LADY MACLEOD.- ¿A mí?

RUDOLF.- Observé que salíais juntos a la terraza durante el baile en la Residencia de Oficiales.

LADY MACLEOD.- Ah, bueno... me preguntó sobre la opereta «Los cruzados» que el teniente Schut prepara para el día de la Fiesta Nacional. Me han da...

RUDOLF.- Sí, ya sé. ¿Y sobre qué otra cosa te preguntó el General?

LADY MACLEOD.- Sobre nada más. ¿Por qué?

RUDOLF.- ¿No te dijo si querías acostarte con él?

LADY MACLEOD.- ¡Rudolf!

RUDOLF.- ¿Qué tendría de nuevo? Eres una mujer bella, atractiva, joven y... blanca. Es natural que todos piensen en la posibilidad de acostarse contigo.

LADY MACLEOD.- Soy tu esposa, Rudolf. Y el General también está casado.

RUDOLF.- Con una asmática que se pasa el día con las nalgas debajo del ventilador. Tienes que aprender a airearte con más frecuencia, cariño.

LADY MACLEOD.- No me gusta que me veas desnuda.

RUDOLF.- Será lo único que no te gusta. Me acuerdo del día en que te metiste en mi cama como si fueras una profesional. Me hiciste algunas cosas que estaban muy bien. ¿Quién te las había enseñado?

LADY MACLEOD.- Nadie. Es decir, tú... tú me las habías enseñado.

RUDOLF.- ¿Estás segura?

LADY MACLEOD.- Claro. Además las hice porque... porque quería que me desearas. Últimamente tengo la sensación de que cuando haces el amor conmigo lo único que te interesa es convencerte de que todavía lo puedes seguir haciendo.

(RUDOLF traga la frase despacio, tomándose tiempo antes de responder.)

RUDOLF.- Esos son los inconvenientes de haberte casado con un hombre que podría ser tu padre.

LADY MACLEOD.- Pero no lo eres. Me casé contigo porque te quería.

RUDOLF.- ¡Y porque querías huir de tu padre y de aquella mierda de barrio de La Haya en el que andabas siempre con las bragas sucias!

LADY MACLEOD.- Estás borracho, Rudolf.

RUDOLF.- Todavía no; todavía no, Lady MacLeod.

(Llega NOONA, la criada.)

NOONA.- Señora, ¿puedo acostar a los niños?

LADY MACLEOD.- Sí, ya es muy tarde. Ahora pasaré a darles un beso. ¿Han cenado bien?

NOONA.- La niña sí, señora; el niño, en cambio, no tenía apetito.

LADY MACLEOD.- Póngale el termómetro; a lo mejor tiene fiebre.

RUDOLF.- ¿Por qué ha de tener fiebre? A Norman lo cuidáis demasiado. Quiero que mi hijo sea un hombre, no un maricón.

(La señora y la criada se miran un momento.)

LADY MACLEOD.- Vaya, Noona, vaya; enseguida iré yo.

NOONA.- Sí, señora.

(La criada se marcha.)

LADY MACLEOD.- No es necesario que digas estas palabras delante de Noona.

RUDOLF.- Las indígenas no entienden: tienen el cerebro en el culo.

LADY MACLEOD.- Nunca debí casarme contigo.

RUDOLF.- Ni yo contigo. Las putas dan siempre los mismos resultados.

LADY MACLEOD.- ¡No tienes derecho a insultarme!

RUDOLF.- ¡Estoy harto de que me pongas los cuernos! ¿Me oyes? ¡Harto! ¿Me quieres decir quién era ese tenientillo que te hacía fotos a ti y a los niños mientras yo estaba destinado en Medan?

LADY MACLEOD.- Un amigo tuyo.

RUDOLF.- ¡No tengo amigos en esta jodida tierra! ¡Sólo cucarachas, lagartos y chinches!

LADY MACLEOD.- Tú me trajiste aquí.

RUDOLF.- Para que te acostaras conmigo, no con el Imperio holandés en bloque. ¿O es que crees que soy tonto? Me trasladaron a Medan porque el General Zeisenis quería llevarte a la cama. Como todos.

LADY MACLEOD.- Te has vuelto loco; el alcohol te ha vuelto loco.

RUDOLF.- Y tú; el alcohol y tú, no lo olvides. Fue un error casarme con una mujer tan joven.

LADY MACLEOD.- Pero de eso, Rudolf, yo no soy culpable.

RUDOLF.- No, de eso no.

(Parece que la discusión va a serenarse un poco. LADY MACLEOD dice con cierta tranquilidad.)

LADY MACLEOD.- Deberíamos separarnos.

RUDOLF.- Seguramente.

LADY MACLEOD.- Tengo derecho a rehacer mi vida.

RUDOLF.- No hagas frases estúpidas, ¿quieres?

LADY MACLEOD.- No todo el mundo opina que soy estúpida.

RUDOLF.- Ya, ya. Siempre que un tipo quiere beneficiarse a una fulana lo primero que le dice es que es muy inteligente. Pero no lo eres. Nunca he podido tener contigo una conversación interesante. Eres una ignorante.

LADY MACLEOD.- Si tú lo dices... En cualquier caso, quiero dejar de serlo.

RUDOLF.- ¿Y cómo?

LADY MACLEOD.- Aún no lo sé. Cuando nos separemos puede que vaya a París; siempre he querido ir a París.

RUDOLF.- ¿A París? No seas ridícula. ¿Que coño vas a hacer tú en París?

(Cuando LADY MACLEOD está a punto de contestar a su marido, entra, precipitadamente, NOONA, la criada.)

NOONA.- Señora... señora... el niño...

RUDOLF.- ¿Qué le ocurre?

NOONA.- Está vomitando... tiene las sábanas manchadas... es un líquido negro... negro.

(Una angustiosa penumbra. Lentamente, al ritmo de sus instrumentos musicales autóctonos, llegan unos músicos indígenas que se sientan en el suelo formando un semicírculo. Unos criados se llevan el sillón y la tumbona. RUDOLF hace mutis. Del telar baja una marioneta «wajong» que tiene, dibujado en el pecho, un enorme corazón. LADY MACLEOD se mueve -bailando- a su alrededor. Es una danza de gestos estilizados y de actitudes hieráticas muy próxima, sobre todo, a la pantomima. Debe diferenciarse, claramente, de otros bailes de MATA-HARI que veremos después. Al final, LADY MACLEOD clava un puñal en el fingido corazón de la marioneta, que se tiñe en sangre. Los músicos van desapareciendo poco a poco haciendo que también el ritmo se desvanezca. Ella dice.)

LADY MACLEOD.- Cuando supe, al cabo de algún tiempo, que Noona, la criada, para vengar a su hermano, había envenenado a mi hijo, fui a su casa a buscarla y la maté.

(Oscuro. Un grito frenético rompe la situación. Escuchamos las notas brillantes de un enloquecido can-can. Las bailarinas irrumpen en el escenario con sus estrepitosos chillidos. Cuando el número termina aparece PAPÁ BEBÉ que habla y actúa con el tono, la voz de falsete y los recursos humorísticos de los animadores de revistas.)

BEBÉ.- ¡Bravó! ¡Bravó! ¡Bravó mes petites filles, mes jolies chou chou, mes adorables putains! ¡Bravó, putitas, bravó et bravó pour toi aussi mon cher pede!

(Se vuelve directamente a los espectadores para interpretar ahora su número. Estamos en un Caf`-con` de París.)

BEBÉ- Me llamo Bebé Frisson. (No, no, no me busquen en el programa de mano porque no aparezco.) Tampoco soy su tío Nicodemos, ni su tía Nicodames; ni siquiera Clèo de Merode, ni Bismarck, ni Eleonora Duse. No; soy, simplemente, el dueño de esta caritativa institución benéfica: ¡el único café concierto que, en París, mantiene una dura competencia con el «Moulin Rouge», el «Mirliton», «El Gato negro» y el otro molino, el de «La Galette»...! Soy, además, representante de artistas y un poquito pederasta lo cual, por supuesto, sólo ejerzo después de las horas de despacho. Soy amigo de todas las estrellas de mi época: desde Cri-Cri a Rayo de Oro y desde Cleopatra a Medio Sifón. Conocí a La Goulou -La Glotona- cinco minutos antes de que la pintara Toulouse Lautrec, fumo cigarrillos turcos en forma de lavativa y no he participado en la carrera París-Madrid en un Bugatti porque la velocidad me da hipo y el automóvil me pone, entre otras cosas, el culo tomatero. ¡Música maestro! (PAPÁ BEBÉ **canta.**)

Si quieres ver la verdad
como en el teatro,
como en el teatro,
tienes antes que engañar
como en el teatro,
como en el teatro.
Ponte tu mejor disfraz
como en el teatro,
como en el teatro.
No descubras tu antifaz
como en el teatro,
como en el teatro.
Si quieres ser realidad
como en el teatro,
como en el teatro.
Sé primero falsedad

como en el teatro,
como en el teatro.
Y si mueres al final
como en el teatro,
como en el teatro,
sal después a saludar
como en el teatro,
como en el teatro.

(De repente se interrumpe. Acaba de llegar MATA-HARI.)

BEBÉ- ¿Quién es usted? ¿Por qué me molesta? Estoy ensayando y, cuando yo ensayo, París contiene la respiración. A ver, contenga la respiración.

(MATA-HARI por toda respuesta le da su tarjeta de presentación. PAPÁ BEBÉ la lee.)

BEBÉ- «Lady Greta MacLeod. Danzas orientales auténticas. Modelo para pintores y escultores. Hotel Crillon. Place de la Concorde».

(BEBÉ ha terminado de leer.)

BEBÉ- Muy interesante.

LADY MACLEOD- ¿Le parece?

BEBÉ- No, no me lo parece. Todos los días llegan a París cientos, miles de artistas... de modelos... de saltimbanquis... de prostitutas... Por la gare D'Orsay, por la gare D'Austerlitz, por la gare D'Orleans... en tren, en velocípedo, a pie, a caballo, en burro... ¿Por qué me va a parecer interesante que también usted haya llegado a París?

LADY MACLEOD.- Usted lo dijo.

BEBÉ- Si va usted a hacer caso de lo que yo le diga, lo mejor será que se dirija a otro establecimiento.

LADY MACLEOD.- Además yo bailo danzas... danzas orientales.

BEBÉ- ¿Orientales? Aquí no hay más oriental que el «óleo de Persia», un mejunje para teñirse el pelo.

LADY MACLEOD.- Yo soy oriental de verdad: vengo de Java.

BEBÉ- La última vez que alguien me habló de Java, se vino patas abajo de una colitis.

LADY MACLEOD.- ¿No le cansa sentirse siempre en la obligación de ser gracioso?

BEBÉ- Quizás, aunque, puesto a aburrirse, hay otras obligaciones peores, ¿no cree?

LADY MACLEOD.- No sé. Yo sólo tengo la obligación de ser yo misma.

BEBÉ- ¿En el colmo de la sinceridad?

LADY MACLEOD.- No, no: en el colmo de la hipocresía.

(Pausa. Se miran como estudiándose.)

BEBÉ- ¿Necesita dinero?

LADY MACLEOD.- Los millonarios no van a los cabarets a buscar trabajo.

BEBÉ- Depende. Una vez conocí a uno que acabó de tragasables en un circo.

LADY MACLEOD- No pierda el tiempo conmigo, ¿quiere? Le estoy proponiendo el mayor negocio de su vida.

BEBÉ- ¿Cuál?

LADY MACLEOD- Yo.

BEBÉ- ¿Por cuántos hombres está usted dispuesta a pasar?

LADY MACLEOD- ¿Incluido usted?

BEBÉ- No, yo no, gracias. Sólo he visto desnuda a mi madre y aún no me he recuperado de la impresión.

(Otra pausa. Siguen mirándose.)

LADY MACLEOD- Tengo talento.

BEBÉ- Es posible, pero así a primera vista...

LADY MACLEOD- ¿Le parezco fea?

BEBÉ- La belleza de las mujeres es siempre relativa. Todo consiste en como sepan utilizarla.

LADY MACLEOD- En este sentido, ningún problema, se lo aseguro.

BEBÉ- No estará usted casada, supongo.

LADY MACLEOD- No: sólo separada.

BEBÉ- ¿Por qué?

BEBÉ- Porque mi marido pensó que le engañaba con otros.

LADY MACLEOD- ¿Y no era verdad?

LADY MACLEOD- Claro que era verdad. Sólo se engaña a los que, en el fondo, desean ser engañados.

BEBÉ- ¿Dónde ha leído usted eso?

LADY MACLEOD.- En ningún sitio. Acabo de inventármelo.

(PAPÁ BEBÉ empieza a sentirse fascinado.)

BEBÉ- ¿Quién es usted?

MATA-HARI- (Canta.)

Mata-Hari,

Mata-Hari.

Soy tu fiebre,

soy tu esclava,

soy el grito de tu vientre.

Mata-Hari,

Mata-Hari.

Soy el día de tu cuerpo,

soy la noche de tu cama.

Soy amor, soy la brisa

que despierta tus sentidos.

Soy tu muerte, soy tu vida,

soy tu vida, soy tu muerte,

soy el río de tu cuerpo,

soy tu cuerpo sobre el mío.

Mi amor, mis besos, mi luz, mi sol,

mi pasión de mujer.

Las noches largas que tu cuerpo tendrá,

los ayes breves que tu orgasmo abrirá.

Con uchalá,
y con kasriná,
grano chabá,
sansevierá,
Shadavanstrá.
Mata-Hari,
Mata-Hari.
Soy tu fiebre, soy tu esclava,
soy el grito de tu vientre.

(MATA-HARI **termina de cantar.**)

BEBÉ.- ¿De veras es usted todo eso?

LADY MACLEOD.- ¿Le parece poco?

BEBÉ.- No, no, me parece demasiado.

LADY MACLEOD.- (**Recitativa.**) El amor es un arte; algo que se aprende en las religiones de Oriente, en sus danzas sagradas, en sus libros sabios: en el Kama-Sutra, en el Vatsayana, en el Atharva-Veda..

BEBÉ.- Ya, ya, no siga, no hace falta.

LADY MACLEOD.- ¿Qué? ¿Se decide a trabajar conmigo?

BEBÉ.- ¿No habíamos quedado en que es usted la que quiere trabajar para mí?

LADY MACLEOD.- Si va a fijarse en la manera de construir una frase... Yo le necesito a usted tanto como usted me necesita a mí. ¿Se decide?

(**BEBÉ FRISSON mira de nuevo la tarjeta de presentación.**)

BEBÉ.- ¿Por qué Lady MacLeod?

LADY MACLEOD.- Es mi nombre.

BEBÉ.- ¿Y con este nombre quiere convertirse en una estrella?

LADY MACLEOD.- Usted se llama Bebé Frisson.

BEBÉ.- Pero yo no soy una estrella: sólo un mariquita. Y no me llamo Bebé Frisson -eso se queda para las fichas policiales-; simplemente, Bebé: Papá Bebé. ¿Verdad?

LADY MACLEOD.- Sí, Papá Bebé.

BEBÉ.- ¿Y tú?

LADY MACLEOD.- Llámame Mata-Hari: ojo de la aurora, pupila del amanecer.

(Cambio de luz. MATA-HARI cuenta al público.)

MATA-HARI.- A Papá Bebé le faltaba ambición para ser malvado. Pertenecía a esa raza -nada despreciable y terriblemente peligrosa- de los listos. (Tenía además la ventaja de conocer a todo el mundo, a ese «todo el mundo» de París que se vestía en Paquin, se bañaba en Deauville, montaba a caballo en el Bois de Boulogne y usaba sales de baño Sulfurine.) A pesar de todo, las cosas no rodaron muy rápidas desde el principio. Debutamos -con algún éxito- en varias ciudades de provincias. Los primeros problemas surgieron cuando yo me negué a enseñar los pechos.

(Cambio de luz. En escena vuelve a estar PAPÁ BEBÉ.)

BEBÉ.- La gente quiere verte los pechos. ¿Cómo vas a gustar al público con esas cosas que te pones para tapártelos?

MATA-HARI.- Son metales sagrados: en la pagoda de Kanda Swany...

BEBÉ.- No me vengas con cuentos de pagodas. Los espectadores quieren pechos, como los de Liane de Pougy, como los de Emiliana D'Alençon... ¡como los de su madre! Todo el mundo quiere tirarse a su madre. Lo ha dicho Freud: un tipo que también se tira a su madre... sólo que en Viena.

MATA-HARI.- Eres un maricón y no distingues. A los hombres, lo que les interesa de la mujer es el vientre.

BEBÉ.- Sí, pero luego. Es una ordinariiez introducirse en la Esfinge sin contemplar antes las Pirámides.

MATA-HARI.- Nadie me ha visto los pechos y nadie me los verá.

BEBÉ.- Pero ¿por qué?, ¿por qué?

MATA-HARI.- Porque... porque... sí.

BEBÉ.- Porque sí, no; será porque no.

MATA-HARI.- Exacto: porque no.

BEBÉ.- Pero si un pecho es una cosa tónica, optimista, casi higiénica... Nos vuelve a la infancia, al seno materno, a la primera leche... A mí la leche me da arcadas, pero bueno, eso no importa: hay que reconocer que de la leche sale el queso, la nata, el yoghourt... ¿Tú has visto lo fuertes que están los cabrones de los turcos con el yoghourt?

MATA-HARI.- No te canses: no quiero enseñar los pechos y no los enseñaré.

BEBÉ.- O sea, que los tienes tipo vómito y no quieres que te los vean.

MATA-HARI.- Está bien; tú ganas. Escucha: una noche, en Java, mi marido, que había vuelto a casa borracho, me pegó. Luego me rompió el vestido y me tumbó sobre la cama. Cuando me resistí, empezó a morderme rabiosamente y, al querer desprenderme de él, me arrancó un pezón: el izquierdo.

(Pausa.)

PAPÁ BEBÉ- ¿Cómo has dicho?

MATA-HARI- El izquierdo.

PAPÁ BEBÉ- No; todo lo anterior.

MATA-HARI- Ya lo has oído.

(PAPÁ BEBÉ reacciona.)

BEBÉ- Oye, no me vengas con cuentos. Los maridos no andan por ahí arrancando los pezones de sus esposas. Lo que ocurre es que debes de tener unos pechos flácidos y caídos y por eso no quieres enseñarlos.

MATA-HARI- Piensa lo que te dé la gana.

BEBÉ- No se trata de lo que yo piense, sino de lo que piensen los demás. La otra noche, en Lyon, te patearon. Un crítico dijo que no pasas de ser una mala aficionada.

MATA-HARI- ¿Y qué es lo que saben ellos de arte oriental? En Lyon sólo entienden de charcutería.

BEBÉ- ¡Y de tetas! En Lyon, de tetas entienden una barbaridad. Como en Francia, en toda Francia. ¡A María Antonieta la guillotinaron por tetona!

MATA-HARI- Ahora eres tú el que hace números. Papá Bebé, tu afición por el music-hall te perderá.

BEBÉ- ¿Quieres o no quieres ser una estrella?

MATA-HARI- Soy una estrella. Mi baile es un poema y cada uno de mis gestos una palabra. Conozco los secretos de los brahmanes. Vengo de la India.

BEBÉ- ¿También a mí, Mata Hari? ¿También a mí? Vienes de Holanda, de una ciudad aburrida en la que a los patos se les hiela el esfínter y de un padre sombrerero con menos porvenir que una sufragista. ¿Por qué diablos se va a fijar el público en ti?

MATA-HARI- Porque yo soy la única sacerdotisa que conoce los Sesenta y Cuatro Ritos de la Lujuria.

(BEBÉ está a punto de darse por vencido.)

BEBÉ- Se cuenta que, en una ocasión, Luis XVI dispuso una deslumbrante recepción para recibir a un embajador extranjero que luego resultó ser un tendero de Marsella.

MATA-HARI- Si nadie le hubiera descubierto, el tendero hubiera acabado siendo un embajador.

(Se miran sonrientes. En esta última frase, se han reconocido cómplices. Llega un nuevo personaje: un caballero elegantemente ataviado.)

GUIMET- Buenos días. Perdónenme si interrumpo su conversación. Mi nombre es Guimet... Emilio Guimet. **(Da una tarjeta a MATA-HARI y otra a BEBÉ FRISSON.)** Es posible que mi nombre les suene de algo. Por una serie de circunstancias, soy bastante conocido en esta ciudad.

BEBÉ- Por supuesto, señor Guimet, todo el mundo le conoce en París. Es usted un hombre extraordinariamente rico... bueno, al menos eso dicen... discúlpeme.

GUIMET- No se preocupe. **(A MATA-HARI.)** ¿Y usted? ¿Me conoce también?

MATA-HARI- No. En Semarang, de donde yo he llegado, nadie me habló de usted.

GUIMET.- Soy coleccionista -y, por lo tanto, creo que entendido- de Arte Oriental.

MATA-HARI.- Es posible, pero ni en el estrecho de Malaca ni en las costas de Malabar he escuchado a alguien hablar de usted. Ya se lo he dicho.

GUIMET.- En mi biblioteca guardo los libros sagrados.

MATA-HARI.- ¿Incluso los que hablan de los secretos voluptuosos del «Prem Sagar»?

GUIMET.- Y del «Gita Govinda».

MATA-HARI.- ¿Los que se consagran a los poderes de Brahma?

GUIMET.- Y a los de Siva. Los tengo.

MATA-HARI.- ¿Los que describen los ritos monstruosos del culto de Lingam?

GUIMET.- No... esos no.

MATA-HARI.- Entonces, señor, aún no ha alcanzado usted la sabiduría, el opio evanescente de la gran Prostitución Universal.

(GUIMET parece fascinado por las palabras de MATA-HARI.)

GUIMET.- La he visto bailar en los salones de Madame Kiréevsky... ¿Aceptaría usted bailar en mi casa?

MATA-HARI.- ¿Para usted?

GUIMET.- Para mí y algunos invitados. Gente de calidad, por supuesto.

BEBÉ.- ¿Periodistas?

GUIMET.- Y embajadores. Y políticos. Y artistas, naturalmente.

MATA-HARI- ¿En qué condiciones?

GUIMET- ¿Se refiere usted económicas?

BEBÉ- No, no, mi representada no habla de estos asuntos. De los temas incómodos me encargo yo.

GUIMET- Entonces...

(MATA-HARI empieza a describir el ambiente en el que debe desarrollarse su actuación. El cuerpo de baile va materializando sus palabras.)

MATA-HARI- Cuatro muchachas cubrirán de velas encendidas el espacio sagrado, las columnas del templo se adornarán con flores y el humo de los pebeteros teñirá de rojo el altar del dios Siva... Un penetrante y pesado olor a hachisch adormecerá la conciencia de los asistentes... Y todo empezará un lunes, precisamente un lunes.

(Sonido de puertas que se cierran y cerrojos que se deslizan. Los espectadores han de tener la impresión - detrás de ellos- de que alguien les ha encerrado. Empieza a escucharse una música. De distintos lugares de la sala llega el olor de la droga que irá aumentando en intensidad a medida que la acción se desarrolle. Dos bailarines enlazados simulan la imagen del dios Siva. MATA-HARI ya no está en escena. Tampoco PAPÁ BEBÉ. El único que permanece es monsieur GUIMET, quien se dirige a sus supuestos invitados de aquel lunes con estas frases.)

GUMET.- Señoras y señores, excelentísimos embajadores de Alemania y del Japón, príncipes y princesas, ilustres críticos de «La Gazette de France», «Le Figaro», «Le Gil Blas» y «L'Echo de París», amigas, amigos: es para mí una enorme satisfacción presentarles esta noche a Mata-Hari, extraordinaria bailarina hindú, quien va a ejecutar para nosotros unas danzas orientales evocadoras de los cultos sagrados de los pueblos asiáticos. Imaginaos que hoy es el día de la fiesta del dios Siva. Desde el alba, las sacerdotisas, después de haberse purificado, se dirigen al templo para despertar a la divinidad. Le ofrecen sus plegarias, luego le bañan, le lavan, le perfuman con incienso, con manteca líquida, le visten con ricas telas y le adornan con joyas preciosas. Le dan a beber el agua santa del Ganges juntamente con flores, frutos, ramas, granos de arroz cocido y pasteles. Después, una virgen que es bella como Urwaci, sensual como Damayanti, lujuriosa como Sakuntala, inicia para el dios la más orgiástica de las danzas brahmánicas.

(Monsieur GUIMET inclina la cabeza y se marcha. Entre los vapores que se han formado en escena, surge, mágicamente, MATA-HARI; hierática, mira a lo lejos por encima de las cabezas de los espectadores. Viene envuelta en sus velos de seda; lleva una especie de sostén blanco cuajado de joyas indias. En las muñecas, usa brazaletes del mismo dibujo mientras en su cabeza luce una diadema fantástica que retiene su negro pelo. Un ancho cinturón de pedrería ciñe un «sarong» a su cintura que, desde la espalda, desciende alrededor de sus caderas hasta detenerse sobre el vientre, un poco más abajo del ombligo. Semiculta por el parpadeo de las velas en el humo rojizo de los pebeteros, se adivina su silueta desnuda de una belleza salvaje y misteriosa. La música -en la que domina el sonido agudo de la flauta- acelera su ritmo. Los brazos de MATA-HARI, lentamente, comienzan a desprenderse de los velos. Todo su cuerpo se tiende a manera de una plegaria; se pliega, se ondula como una liana mientras las sedas caen al suelo una tras otra... ahora su vientre se ofrece palpitante. Se la ve doblarse, tenderse, levantarse, girar, mostrarse de perfil, de frente, de espaldas... tan pronto delgada como una media luna, tan pronto hinchada como una luna llena... En la penumbra se escuchan respiraciones contenidas, suspiros, jadeos y estertores que, en la melopea desenfrenada de la música, producen un erotismo casi casi pornográfico. MATA-HARI cae al suelo desmayada y las «nauchis» -las cuatro bailarinas- la cubren con una sábana de oro. El dios Siva -representado, como ya se dijo, por dos danzantes- grita estridente y copula consigo mismo. Oscuro. Cuando vuelve la luz, el primer término del escenario se llena de unas grandes cestas de flores que traen las camareras de un supuesto hotel en donde MATA-HARI y PAPÁ BEBÉ se han instalado -ya en pleno éxito- mucho después de la actuación en el Museo Guimet. Debemos de estar en 1912 aproximadamente. Aparece PAPÁ BEBÉ leyendo unos periódicos.)

BEBÉ.- (Leyendo.) «La misteriosa y sagrada India, la India de los brahmanes y de las bayaderas, nos ha sido revelada por Mata-Hari, la bailarina oriental. Su danza «Poema de la princesa y de la flor mágica» es una magnífica invocación a Siva que los viajeros que regresaban de la India describían tan a menudo». **(A medida que lee los periódicos los va tirando al suelo.)** «Súbitamente aparece Mata-Hari, el ojo de la aurora, la pupila del amanecer, la sagrada bayadera que sólo los sacerdotes y los dioses han visto desnuda». «Tan felina, tan extremadamente femenina, tan majestuosamente trágica... Con las mil curvas y movimientos de su cuerpo temblando en otros tantos ritmos diferentes, es algo que a uno le hace olvidarse de nuestras bailarinas clásicas». «Desnuda como Hassan en “Las Mil y Una Noches”, desnuda como Eva antes de cometer el pecado, sin ninguna hoja de parra a no ser una pequeña joya que hacía las veces de esta última». **(PAPÁ BEBÉ se ríe con este comentario; después, sigue leyendo.)** «La señorita Duncan reencarna a Grecia; la señorita Mata-Hari a la India. La señorita Duncan es una vestal; la señorita Mata-Hari es una venus».

(En estos momentos aparece MATA-HARI envuelta en una bata deslumbrante.)

MATA-HARI- ¿Son buenas las críticas?

BEBÉ- Excelentes. Desde nuestra presentación en la biblioteca de Emilio Guimet, no hay quien se atreva contigo. Se las tragan dobladas.

MATA-HARI- Deberías tenerme más respeto, Papá Bebé: bailo muy bien.

BEBÉ- No; bailas mal, pero no importa.

MATA-HARI- Rothschild quiere que baile en su casa y Colette me ha escrito un artículo en «Le Figaro».

BEBÉ- Sí, y una tía mía fue bombero en Pennsylvania. No les gusta tu arte, sino tu ombligo.

MATA-HARI- Soy la mejor.

BEBÉ- Claro, claro que eres la mejor. ¿Cómo iba a estar yo contigo si no fueras la mejor? Estaba bromeando, Lady MacLeod.

MATA-HARI- No me llames así. Me recuerda demasiadas cosas.

(PAPÁ BEBÉ se da cuenta de que ha tocado un tema vidrioso.)

BEBÉ- A veces me pregunto qué hubieras hecho de no haber triunfado.

(MATA-HARI contesta burlescamente, aunque no se sabe si, en el fondo, dice la verdad.)

MATA-HARI- Llegué a París con una decisión y con un revólver. ¿Nunca te lo he dicho?

BEBÉ- Tíralo al Sena; ya no te hace falta: Holanda queda lejos.

MATA-HARI- Holanda... ¿Qué pensarán en aquel país sin sexo de una holandesa que se exhibe desnuda por el mundo?

BEBÉ- Pensarán que es una diosa.

MATA-HARI- No, Papá Bebé, pensarán que es una puta. (MATA-HARI desvía la conversación.) ¿Ni una crítica mala?

BEBÉ- No... bueno... un periodista dice que ha hablado con un -«auténtico», según él- experto en temas orientales quien le ha explicado que... (PAPÁ BEBÉ lee de nuevo en un periódico.) «...las bailarinas de Oriente, en lugar de mostrarse desnudas, bailan siempre vestidas de blanco y que su castidad es cosa proverbial en las tierras de los brahmanes».

MATA-HARI- ¿Ah, sí? ¿Quién ha escrito ese comentario?

BEBÉ- El corresponsal de «El diario» de Cádiz.

MATA-HARI- Cádiz... eso es España, ¿no?

BEBÉ- A un paso de África, pero sí... eso es España.

MATA-HARI- Qué raro. Cuando estuve en Madrid me trataron muy bien. ¿Te acuerdas?

BEBÉ- Claro. Fue tu primera actuación en el extranjero...

MATA-HARI- Papá Bebé, quiero bailar con Diaghilev.

BEBÉ- Eso no es posible.

MATA-HARI- ¿Te parece que no tengo suficiente talento para conseguirlo?

BEBÉ- No, no es eso. Los rusos tienen ya su repertorio, su gente... Además, ya sabes, Nijinsky es muy especial.

MATA-HARI- Diaghilev va a dirigir un nuevo ballet en Montecarlo. ¿Por qué no le escribes?

BEBÉ- De acuerdo, lo haré. De acuerdo: escribiré a Diaghilev.

MATA-HARI- Dile que Massenet me admira muchísimo. Y que Puccini me envió no hace mucho un ramo de flores.

BEBÉ- Se lo diré; descuida.

(En toda esta escena debe descubrirse el carácter megalómano de MATA-HARI, que explica muchos de sus comportamientos posteriores. PAPÁ BEBÉ -que no tiene un pelo de tonto- se da cuenta. Luego, prudentemente, dice.)

BEBÉ- Me han ofrecido un contrato para actuar de nuevo en Berlín.

MATA-HARI- ¿Berlín?

BEBÉ- Sí, en el Metropol. ¿Qué les contesto?

MATA-HARI- ¿A ti qué te parece?

BEBÉ- No sé. Durante algún tiempo decías que no te gustaba Alemania... ni los alemanes.

MATA-HARI- ¿Eso decía?

BEBÉ- Supongo que has cambiado de opinión. Ahora tienes muchos amigos en Berlín... y muy importantes, ¿no?

MATA-HARI- Sí... muy importantes.

BEBÉ- ¿Acepto el contrato del Metropol? Debutaríamos un lunes.

MATA-HARI- ¿Un lunes? Nada podría alegrarme más. (Algo hay en el tono enigmático de MATA-HARI.) ¿No me crees?

BEBÉ- Es difícil.

MATA-HARI- Sólo vale la pena creer en lo increíble.

BEBÉ- Quizás.

MATA-HARI- Entonces, Papá Bebé, no lo dudes: cree en mí.

(Un brevísimo oscuro -para dejar de nuevo la escena vacía- y, cuando se encienden de nuevo las luces, la orquesta toca un pout-pourri de alegres canciones de la época mientras el cuerpo de baile -vestido como niños y niñas de principios de siglo- describe la coreografía de un juego infantil. Cada niño y cada niña lleva en la mano un globo de diferente color en los que se leen distintos nombres de ciudades: Montecarlo, La Haya, París, Berlín, Madrid, Barcelona, Viena, Marraquesch, El Cairo. La música va cambiando hasta convertirse, poco a poco, en un tango. Por un lado aparece un bailarín vestido a la manera de Rodolfo Valentino en «Los cuatro jinetes del Apocalipsis»; por otro, MATA-HARI. Los dos bailan el tango y, mientras el bailarín pincha los globos de los niños, MATA-HARI dice.)

MATA-HARI-

Me presenté en Viena

Me consagré en París

Trabajé en Roma

Actué en Palermo

Bailé en Milán

Deslumbré en Londres

Triunfé en Berlín.

(Con el estallido del último globo y el final de la música se quedan todos quietos como en una imagen congelada. MATA-HARI dice.)

MATA-HARI- Se acabaron de pronto todos los juegos. Era ya 1914. Acababa de estallar la Primera Guerra Mundial.

(Oscuro.)

Segunda parte

Al empezar esta segunda parte, el espacio escénico es el mismo de antes, que ahora debe sugerir un Palacio de Justicia. Sobre la música van entrando los personajes y colocándose en su sitio hasta constituirse en Tribunal.

PRESIDENTE- Levántese la acusada. (MATA-HARI se levanta. Luego, el PRESIDENTE añade.) El señor fiscal tiene la palabra.

(EL FISCAL inicia su interrogatorio.)

FISCAL- ¿Le importa a usted que retrocedamos al principio?

MATA-HARI- Como quiera.

FISCAL- El día de la declaración de guerra le sorprendió a usted -es una manera de hablar, naturalmente- bailando con el Barón Von Jagow, Prefecto de Policía de Berlín, en un restaurante de aquella ciudad. ¿Es esto cierto?

MATA-HARI- Lo es.

FISCAL- Había usted llegado a Berlín unos meses antes. Exactamente en Julio de 1914.

MATA-HARI- Sí.

FISCAL- ¿Por qué?

MATA-HARI- Tenía un contrato para actuar en el Teatro Metropol.

FISCAL.- ¿Un contrato que le había surgido de repente?

MATA-HARI.- Todos los contratos surgen de repente: es lo que diferencia a un artista de un funcionario.

FISCAL.- Insisto en que en Julio de 1914 -a punto de empezar la guerra-abandonó usted rápidamente su villa en la calle Windsor nº 11, en París, liquidando incluso sus muebles, para viajar a Alemania. Alguien le esperaba, ¿verdad?

MATA-HARI.- Sí

FISCAL.- ¿Quién?

MATA-HARI.- Mi público. En aquella época yo interpretaba un baile de gran éxito. Se llamaba «La danza delante de la guillotina». Curioso título, ¿no cree?

FISCAL.- Cuando llegó usted a Berlín, el Prefecto de Policía la estaba esperando en la estación.

MATA-HARI.- Siempre fue un hombre muy educado.

FISCAL.- ¿Era su amante? (**Como MATA-HARI no contesta, el FISCAL repite su pregunta.**) Le estoy preguntando si el Barón Von Jagow, Prefecto de Policía de Berlín, era su amante.

DEFENSOR CLUNET.- Protesto, señor Presidente.

PRESIDENTE.- Denegada la protesta. (**A MATA-HARI.**) Responda.

MATA-HARI.- Sí, lo era.

FISCAL.- Le encargó a usted una misión de confianza y le pagó treinta mil francos. ¿Es exacto?

MATA-HARI.- ¿Qué quiere usted decir con «una misión de confianza»? Todos los hombres encargan misiones de confianza a sus amantes.

FISCAL.- ¿En el frente?

MATA-HARI.- En la cama.

FISCAL.- Señora Margarita Gertrudis Zelle: tengo la impresión de que no comprende que en este proceso se está usted jugando la vida.

DEFENSOR CLUNET.- Protesto, señor Presidente. El señor fiscal está intentando atemorizar a mi defendida.

FISCAL.- Me limito a recordarle que está aquí, delante de este tribunal, acusada de espionaje. Y que dicha acusación puede terminar -de probarse los hechos- en una sentencia de muerte.

(Cambio de luces. MATA-HARI cuenta a los espectadores.)

MATA-HARI- Nada tan parecido a la muerte como el amor. Quizá porque ambos nacen, crecen y terminan del mismo modo: como algo que se escapa de nosotros mismos. Nunca quise enamorarme y sin embargo... si me dieran la posibilidad de elegir ahora -un poco antes de que esa sentencia se dicte- un momento de mi vida, ese sería la noche en que conocí a Vadim Maslof.

¿Qué importancia tienen todas las anécdotas, todos los datos, todos los argumentos de este tribunal cuando me acuerdo de él, cuando soy capaz todavía de repetir su nombre en voz baja: Vadim Maslof...

Le conocí en París. Era Capitán del Segundo Regimiento de Infantería del Cuerpo Expedicionario ruso en Francia. Nos presentó un oficial francés en un palco de la Ópera. Los Ballets Rusos estaban interpretando «La consagración de la primavera», me parece. La gran estrella era Nijinski. Y el director, por supuesto, Diaghilev, ese que nunca quiso trabajar conmigo.

(Cambian las luces. Del telar baja un decorado muy en la línea de los que hacía León Bakst para los Ballets Rusos, a quienes vemos ahora en un ensayo. MATA-HARI canta.)

Era rubio, era guapo,
tan guapo era y tan joven,
de ojos muy azules
el Capitán Maslof.
Venía de otros cielos,
venía de otras nubes,
venía de otros mares
el Capitán Maslof.
París dormía insomnios
de bombas y de sangre,
París era un misterio
de guerras y de amor.
París era la vida,
París era la muerte,
París era tan sólo
el Capitán Maslof.
Pasamos cinco días,
pasamos cinco noches,
con un olor a sábanas
manchadas del hotel.
El frente estaba lejos,
Maxim's estaba cerca,
aún no había estallado
el drama de Vittel.
París era la vida,
París era la muerte,
París era tan sólo

el Capitán Maslof.
Juramos como siempre
la frase repetida
de nuestro eterno amor.
Luego pasó ya el tiempo
y en el frente de Rusia
hirieron en los ojos
al Capitán Maslof.
En hospital lejano
del pueblo de Vittel
casi ciego en mis brazos,
no me casé con él.
París era la vida,
París era la gloria,
París era la suerte,
no me casé con él.
Era rubio, era guapo,
venía de otras tierras,
venía de otros campos.
no me casé con él.
Y regresé a mi mundo
y regresé a mi historia,
mi propia biografía
con luz de Music-hall.
París era la vida,
París era la gloria,
París no era tan sólo

el Capitán Maslof.
Los hombres me esperaban,
la historia y el dinero,
la página amarilla
de un cursi folletón.
París era la vida,
París era la gloria,
París no era tan sólo
el Capitán Maslof.
La historia de mi amor.

(Cambian las luces. Regresamos al Tribunal.)

FISCAL.- Vadim Maslof... Una aventura romántica, conmovedora... si la muerte de miles de soldados franceses le pudiera permitir a este tribunal el lujo de dejarse conmover.

DEFENSOR CLUNET.- Señor Presidente: El señor Fiscal no debe calificar los sentimientos personales de mi defendida.

FISCAL.- ¿Sentimientos personales? ¿Llama usted «sentimientos personales» a una traición? No hemos venido aquí a escuchar un melodrama más o menos teatralizado, sino a juzgar la conducta criminal de una espía.

DEFENSOR CLUNET.- No es criminal enamorarse, señor Fiscal, aunque tal vez la experiencia privada de su señoría pueda hacerle suponer otra cosa.

FISCAL.- Protesto, señor Presidente.

PRESIDENTE.- Aceptada la protesta.

DEFENSOR CLUNET.- Mi defendida fue a Vittel únicamente a visitar al Capitán Maslof.

FISCAL.- No, señor Clunet, no: su defendida fue a Vittel a espiar.

DEFENSOR CLUNET.- No sea usted ridículo, señor Fiscal. ¿Qué se puede espiar en un Balneario?

FISCAL.- Un Balneario que se había convertido en un hospital en el que se reponían de sus heridas cientos de nuestros mejores oficiales.

DEFENSOR CLUNET.- El Capitán Maslof también estaba herido. Mi defendida se trasladó a Vittel para cuidarlo.

FISCAL.- Enternecedor, absolutamente enternecedor. Sólo que en esa época Margarita Gertrudis Zelle, Mata-Hari, era ya H-21, una espía al servicio de los alemanes.

DEFENSOR CLUNET.- No es cierto. No tiene usted pruebas que lo demuestren.

(El FISCAL se dirige ahora a Mata-Hari.)

FISCAL.- ¿Le dice a usted algo la clave H-21?

MATA-HARI.- Algo.

FISCAL.- ¿Confiesa que con esta clave era reconocida, entre otros, por el Barón Von Jagow, Prefecto de Policía de Berlín?

MATA-HARI.- Mis amantes siempre me han reconocido por mi nombre y por algún que otro detalle, señor Fiscal.

FISCAL.- Díganos: ¿Era o no era usted ya H-21 cuando fue a Vittel?

MATA-HARI.- Cuando fui a Vittel, a cuidar al Capitán Maslof, yo era simplemente una mujer enamorada.

FISCAL.- ¿Usted? ¿La mayor cortesana de Europa, la bailarina que se exhibía desnuda en los escenarios de todo el mundo? ¿Usted enamorada?

MATA-HARI- Todos tenemos derecho al amor: hasta las cortesanas.

FISCAL- Y a la equivocación

MATA-HARI- Sí, y a la equivocación.

FISCAL- El Capitán Maslof era demasiado joven para usted.

MATA-HARI- Y usted demasiado estúpido para mí.

DEFENSOR CLUNET- Señor Presidente, el señor Fiscal está conduciendo su interrogatorio a un terreno del todo improcedente.

PRESIDENTE- Señora Margarita Gertrudis Zelle: ¿Tiene usted algo que añadir sobre sus relaciones con el Capitán Maslof?

MATA-HARI- Es curioso: que el único amor de mi vida pueda, a lo mejor, conducirme a la muerte. Cuando conocí a Vadim Maslof, él tenía 23 años. Yo acababa de cumplir los 40. Vadim reunía todas las condiciones para convertir el tópico en una realidad. ¿Cómo no aceptarlo? Aun a riesgo de jugarse la vida. Nunca traicionaré su recuerdo. Decida usted lo que quiera, señor Presidente: Lo que ocurrió entre el Capitán Maslof y yo es un asunto que nos concierne únicamente a los dos.

FISCAL- El Capitán Maslof... Voy a leerle el testimonio que nos ha remitido el Capitán Maslof, señora.

(El FISCAL elige entre sus papeles.)

FISCAL.- Con la venia, señor Presidente: «Yo, Vadim Maslof, capitán del Segundo Regimiento de Infantería del Cuerpo Expedicionario ruso en Francia, declaro bajo juramento y por mi honor militar que, a mi regreso al frente de guerra después de haber permanecido recuperándome de mis heridas en el Centro Hospitalario de Vittel, fui llamado por el General a cuyas órdenes estaba y requerido para que rompiera definitivamente mis relaciones con Margarita Gertrudis Zelle, Mata-Hari, a quien se considera una peligrosa aventurera y prostituta. Atendiendo las razones de mi General, acepté de buen grado sus órdenes».

(Una gran pausa. MATA-HARI comenta casi sin voz.)

MATA-HARI- ¿Ha dicho él... «prostituta»?

FISCAL.- Aquí está. ¿Quiere usted comprobarlo?

MATA-HARI- No hace falta, señor Fiscal: gracias.

(El FISCAL repite la pregunta que había hecho mucho antes.)

FISCAL.- ¿Era o no era usted H-21?

(MATA-HARI -a la que ahora todo parece darle igual- acepta.)

MATA-HARI- Lo era.

(Cambian las luces. Hay una música. El FISCAL explica.)

FISCAL.- Siempre lo fue. Desde que en 1914, en Berlín, aceptó trabajar para los alemanes. Naturalmente, nuestros servicios de contraespionaje comenzaron a vigilarla. Sus continuos viajes, sus relaciones sentimentales con algunos de nuestros políticos o altos funcionarios, su contacto íntimo con ciertos militares que conocían, lógicamente, nuestras próximas maniobras en los campos de batalla... Todo, todo, la hacía sospechosa. Un día, sin embargo, algo nos sorprendió: la acusada se presentó en el despacho del Comandante Ladoux, Jefe de nuestros servicios secretos en París, y se ofreció para trabajar como espía en defensa de la causa francesa. El comandante Ladoux, inteligentemente, aceptó, aunque al mismo tiempo le tendió una trampa. Sólo había que esperar a que Mata-Hari llegara a Madrid. Allí tendríamos la prueba palpable.

(Cambio de luces. Música. Los bailarines y bailarinas aparecen en escena con el equipaje de MATA-HARI, quien llega enseguida.)

TODOS.-

Bienvenida, Mata-Hari.

Bienvenida a Madrid.

Su equipaje.

Su valija.

Sus echarpes.

Sus sombrillas.

Sus paraguas.

Sus manguitos.

Sus loritos.

Sus alhajas.

Sus horquillas.

Sus enaguas.

Bienvenida Mata-Hari.

Bienvenida a Madrid.

Lista, joven, guapa,

y a llegó

a Madrid.

(Oscuro. Cambio de luces. En escena hay ahora dos personajes: VON KALLE, agregado militar alemán, y PIERRE DANVIGNÉS, agregado militar francés. MATA-HARI se dirige a ellos. Seguimos en el vestíbulo del Hotel Palace de Madrid.)

MATA-HARI- ¿Von Kalle?

VON KALLE- Sí.

MATA-HARI- Mata-Hari.

VON KALLE- Siéntese.

MATA-HARI- Gracias.

VON KALLE- ¿Quiere tomar algo?

MATA-HARI- No; ahora, no. Prefiero que hablemos del tema que me ha traído aquí; si no le importa.

VON KALLE- Usted dirá.

MATA-HARI- Supongo que sabe usted que acabo de llegar a Madrid.

VON KALLE- Por supuesto. Del mismo modo que usted sabe quién soy yo.

MATA-HARI- Es usted el capitán Von Kalle, agregado militar de la embajada alemana... por supuesto.

VON KALLE- Exacto.

MATA-HARI- ¿Confía usted en mí? ¿Necesita algún tipo de identificación?

VON KALLE- No, no la necesito. La creo.

MATA-HARI- ¿Por qué?

VON KALLE- Porque me ha llamado usted capitán y desde hace seis meses soy comandante. Un agente del enemigo no podría cometer la torpeza de ignorar mi ascenso.

MATA-HARI- Es usted muy listo, comandante.

VON KALLE- Gracias, H-21.

(Hay una pausa. Los dos sonrían. MATA-HARI continúa.)

MATA-HARI- Quisiera conocer el nombre del agregado militar francés.

VON KALLE- ¿Se refiere usted al funcionario que en la Legación francesa desempeña las funciones que yo ejerzo en nuestra Embajada?

MATA-HARI- Sí.

VON KALLE- Danvignés, Pierre Danvignés: coronel.

MATA-HARI- He de arrancarle algunas informaciones. ¿Sabe usted dónde podría tener un encuentro «casual» con él?

VON KALLE- Aquí mismo. Acostumbra a tomar el aperitivo todas las mañanas en el Palace.

MATA-HARI- Gracias. Haré lo posible por encontrarlo.

(Se levantan. MATA-HARI añade.)

MATA-HARI- Y a usted... ¿dónde se le puede encontrar otra vez?

VON KALLE- Mi habitación es la 102.

MATA-HARI- Justo al lado de la mía. Qué casualidad, ¿no le parece?

VON KALLE- Sí. Qué casualidad.

(**MATA-HARI se despide y VON KALLE vuelve a sentarse. Luego, MATA-HARI recorre el pequeño espacio que la separa del otro tresillo, aquel en el que está PIERRE DANVIGNÉS.**)

MATA-HARI- Buenos días, coronel.

(**El coronel DANVIGNÉS se levanta.**)

DANVIGNÉS.- Buenos días, señora...

MATA-HARI- Mata-Hari.

DANVIGNÉS.- ¿Mata-Hari? ¿Es posible?

MATA-HARI- Lo es.

DANVIGNÉS.- Bienvenida a España. Bienvenida a Madrid.
¿Quiere usted sentarse?

MATA-HARI- Gracias.

(**Se sientan los dos.**)

DANVIGNÉS.- ¿Desea tomar algo?

MATA-HARI- No; ahora no. ¿Me esperaba usted?

DANVIGNÉS.- Pues... sí; no sabía el día exacto... pero sí. Me informaron de que había usted desembarcado en Gijón, después de que los ingleses la impidieran continuar su viaje. En realidad, creí que llegaría usted un poco antes.

MATA-HARI.- Imposible. Con estas carreteras españolas... imposible.

DANVIGNÉS.- ¿Va usted a regresar a París?

MATA-HARI.- No lo sé. De momento, no.

DANVIGNÉS.- Supongo que está usted en contacto con el comandante Ladoux, nuestro jefe de contraespionaje.

MATA-HARI.- Claro.

DANVIGNÉS.- Claro.

(Sonríen. Se miran. MATA-HARI se adelanta a los acontecimientos.)

MATA-HARI.- ¿Desconfía usted de mí, coronel Danvignés?

DANVIGNÉS.- En absoluto.

MATA-HARI.- En este caso, ¿por qué no me invita a almorzar mañana?

(Cambio de luces. MATA-HARI cuenta al público.)

MATA-HARI- Todo era posible en aquel Madrid de 1916. Desde saborear el lenguado con salsa de cognac de Lhardy a irse a los toros del brazo con Domecq. España se convirtió en el lugar perfecto para el espionaje. Y de España, Madrid; y de Madrid, el Hotel Palace. (Un hotel es un pequeño mundo, o, a lo mejor, el mundo es un pequeño hotel. Los hoteles han sido siempre refugio de la clandestinidad, nidos de amor, laberintos de espías...) Los espías... Cuando yo llegué al Hotel Palace de Madrid, los botones, camareras y doncellas cantaron y bailaron conmigo de habitación en habitación...

(MATA-HARI, con el cuerpo de baile, canta y baila.)

TODOS.-

¿A dónde vas con el té?

-A la ciento veintitrés.

¿Y tú, con este café?

-A la cinco veintiséis.

Estos espías ingleses
sin el té se desvanecen.

-Los alemanes espías
sin café no se entretienen.

-Y nos dan buenas propinas
y pellizcos en el culo.

Los espías libertinos
no saben disimular.

Los espías libertinos
no saben de disimulo.

-¿A dónde vas con el «vin»?

-A la planta «quatrieme».

¿Y tu, con este «saké»?
-A la seven, seven, neuf.
-Estos espías franceses
sin el «vin» se me entristecen.
-Los japoneses espías
sin «saké» no se enternecen.
-Y nos dan buenas propinas
y pellizcos en el culo.
Los espías mariquitas
no saben disimular.
Los espías mariquitas
no saben de disimulo.

**(Cambio de luces. A los compases de una música de fondo,
los bailarines colocan en escena una cama, mientras
PIERRE DANVIGNÉS cuenta a los espectadores.)**

DANVIGNÉS.- Los franceses estábamos convencidos de que Mata-Hari llevaba un doble juego. Naturalmente -al margen de mi lógica y disculpable debilidad por ella- yo estaba en contacto directo con París a la espera de las órdenes que me enviara nuestro servicio de contraespionaje. Un día me avisaron de que se había interceptado, a través de la Torre Eiffel, un mensaje cifrado desde Madrid que el agregado militar alemán había enviado a sus superiores en Berlín. Este era su texto:

«Agente H-21 pide que se le envíen inmediatamente, por intermedio del Cónsul Kramer de Amsterdam, cinco mil francos al Banco de Crédito de París. Desea recibir cuanto antes confirmación telegráfica».

Esta era la prueba que necesitábamos: si Mata-Hari regresaba a Francia para recoger el dinero tendríamos la seguridad de que ella era H-21.

Me alegré. Sí, debo confesarlo: me alegré. Mata-Hari acababa de dejarme para irse a vivir al Hotel Ritz con un senador catalán que se llamaba Joaquín Fenoll. Un error, porque ¿cómo se puede comparar a un senador catalán con un agregado militar francés? Lástima.

(Acaba de producirse el sucinto cambio de escena. Cambio de luz. Estamos en la habitación 210 del Hotel Ritz de Madrid. MATA-HARI y JOAQUÍN FENOLL terminan de desayunar aunque ya están prácticamente vestidos: él para dirigirse al senado y ella para salir a la calle.)

MATA-HARI.- ¿A qué hora vas a volver?

FENOLL.- Tarde, supongo. Hoy habrá en el Senado un debate bastante largo. Podemos cenar juntos... si quieres.

MATA-HARI.- Claro que quiero. ¿Por qué lo preguntas?

FENOLL.- No sé.

MATA-HARI.- Joaquín, estoy contigo porque me apetece. No existe otra razón. Y el día que deje de apetecerme me iré.

FENOLL.- Ya.

(FENOLL parece preocupado.)

MATA-HARI- ¿Qué te pasa?

FENOLL.- Nada. Problemas de la edad... seguramente.

MATA-HARI- La edad... la edad... siempre tu edad.

FENOLL.- Tengo 47 años.

MATA-HARI- ¿Y qué?

FENOLL.- Que me sorprende tener esta historia contigo.

MATA-HARI- A tu edad.

FENOLL.- Sí.

MATA-HARI- Y estás celoso.

FENOLL.- Puede.

MATA-HARI- Y por eso, cuando Romanones, Dato y Cambó quisieron conocerme, tú te negaste a presentármelos.

FENOLL.- Quizás.

MATA-HARI- Eres un niño. Un niño grande... viejísimo... de 47 años... pero un niño.

FENOLL.- No te rías.

MATA-HARI- No, no me río.

(Efectivamente, ninguno de los dos se ríe.)

FENOLL.- Te quiero.

MATA-HARI- Me quieres... No: crees que me quieres.

FENOLL.- ¿Cuál es la diferencia?

MATA-HARI- Ninguna; es verdad.

FENOLL.- Vente a vivir conmigo.

MATA-HARI- ¿A Barcelona?

FENOLL.- ¿Por qué no?

MATA-HARI- Joaquín, tú eres una persona importante en este país. ¿Cómo va a vivir un senador de Alfonso XIII con una bailarina?

FENOLL.- Tú eres algo más.

MATA-HARI- Ah, sí. Yo soy Mata-Hari: se me había olvidado. Y a ti.

(FENOLL parece tomar una decisión.)

FENOLL.- Podríamos casarnos.

MATA-HARI- No, Joaquín, gracias... pero no.

FENOLL.- ¿Nunca?

MATA-HARI- En la India nunca decimos nunca. Sólo decimos... de momento.

FENOLL.- Está bien. Vayámonos mañana a Barcelona... de momento.

MATA-HARI- No puedo. Estoy esperando un telegrama urgente de Alemania: te lo he dicho.

FENOLL.- ¿Tan importante es ese telegrama?

MATA-HARI- Lo suficiente como para obligarme a viajar a París... cuando lo reciba.

FENOLL.- ¿Para siempre?

MATA-HARI- Tampoco en la India decimos «siempre».

(FENOLL dice algo que está pensando desde hace tiempo.)

FENOLL.- Ten cuidado.

MATA-HARI.- ¿Cuidado?

FENOLL.- No estoy seguro de que te convenga regresar a París.

MATA-HARI.- ¿Por qué?

FENOLL.- Hay quien dice que trabajas para los alemanes.

MATA-HARI.- Mentira.

FENOLL.- Ya sé que es mentira, pero lo dicen.

MATA-HARI.- Absurdo. Los franceses son amigos míos. Como yo de ellos.

FENOLL.- ¿Estás segura?

MATA-HARI.- Segura. Existen pruebas mutuas de esta amistad, no te preocupes.

(Se calla. Comprende que a lo mejor ha ido demasiado lejos.)

FENOLL.- Cenamos esta noche.

MATA-HARI.- Cenamos.

FENOLL.- Hasta luego.

MATA-HARI.- Adiós.

(Cuando FENOLL va a marcharse, MATA-HARI le pregunta.)

MATA-HARI- ¿Qué día es hoy?

FENOLL.- Lunes. ¿Por qué?

MATA-HARI- Por nada.

(JOAQUÍN FENOLL se va. MATA-HARI, sola -y, seguramente, pensando en la conversación que acaba de tener-, termina de arreglarse del todo. La orquesta interpreta, como fondo, el tema central del espectáculo y que debe identificarse con la protagonista. Al cabo de algún tiempo, llaman a la puerta. MATA-HARI abre.)

BOTONES.- Ha llegado este telegrama.

MATA-HARI- Gracias.

(El BOTONES va a marcharse.)

MATA-HARI- Espere, tenga.

BOTONES.- Muchas gracias.

(El BOTONES recoge la propina que le da MATA-HARI y se va. Cuando MATA-HARI vuelve a quedarse sola, abre el telegrama y lo lee. Parece que el texto le interesa mucho. Después, va a un teléfono, lo descuelga y dice.)

MATA-HARI- ¿Conserjería? Resérvenme una cama en el expreso que sale esta tarde para París. Gracias.

(Oscuro. Cambian las luces y el escenario que se convierte ahora en un típico café concierto de París. Los bailarines representan sobre la música y muy en clave de music-hall -maquillajes exagerados, figurines estrepitosos- el momento de la detención de MATA-HARI en París en 1917. Es una pantomima grotesca y de dudoso gusto. En escena hay una cama y una puerta. Se escuchan unas voces que cantan.)

POLICÍAS.-

Abran la puerta, abranlá
que somos la policía.
A la una, a las dos
que venimos deprisita.

(La puerta es derribada violentamente. Aparecen unos POLICÍAS. Se quedan mirando la cama.)

POLICÍAS.-

En la cama, ¿quién está?
Que la policía somos.
Busquen a la Mata-Hari,
la queremos detenida.

(Dan órdenes.)

La colcha descubran ya,
que somos la policía.

(Tiran de la colcha y descubren, metidas en la cama -y en evidente actitud de lesbianismo-, a dos mujeres totalmente desnudas: una de ellas imita a MATA-HARI.)

POLICÍAS.-

Y ustedes, ¿qué hacen acá?
¡Hay que ver qué porquería!

(Las MUJERES contestan, también cantando.)

FALSA MATA-HARI.-

Ay, Fifi, deja el maná
que son de la policía.

AMIGA MATA-HARI.-

Ay, Mata, tápate ya
que la cosa está jodida.

(Los POLICÍAS preguntan.)

POLICÍAS.-

¿Cuál es Mata-Hari, «cuá»?,
que somos la policía.

AMIGA MATA-HARI.- (Señalando.)

Mata-Hari es la de allá
la de la teta mordida.

(Los POLICÍAS ordenan.)

POLICÍAS.-

Salgan de la cama, va,
que la policía somos.

(Las MUJERES sugieren.)

MUJERES.-

Entren en la cama, ¡guá!,
y verán qué calentita.

(Las MUJERES se ríen, se dan palmadas en los muslos, se tocan los pechos.)

POLICÍAS.-

Si ha de verse se verá
que somos la policía.

MUJERES.-

Lo que tenga que ser será,
¡qué noche tan movida!

(La FALSA MATA-HARI se levanta de la cama.)

POLICÍAS.-

Esta guasa acabará
que somos la policía.
Y vístase y venga ya,
venga a la comisaría.

(La FALSA MATA-HARI ofrece al jefe de la policía unos bombones que están dentro de un casco alemán convertido en bombonera.)

FALSA MATA-HARI.-

Un bombón de «calidá»
que siempre endulza la vida.
Al baño paso a «oriná»
y me regreso enseguida.

(La FALSA MATA-HARI hace mutis en dirección a un supuesto cuarto de baño.)

POLICÍAS.-

¡Vaya vida que se da
el gremio de putería!
Esta vida de pachá
no la vive un policía.

(El Jefe de la policía toma uno de los bombones y, al morderlo, le estalla en la boca.)

POLICÍAS.-

¡Una bomba «envenená»
el bombón es homicida!
Esta coña en alemán
es la coña de la espía;

pero no nos joderán
que somos la policía,
¡pero no nos joderán
que somos la policía!

**(Oscuro. Aparece un viejo amigo nuestro: PAPÁ BEBÉ,
quien explica al público.)**

BEBÉ- Me enteré de la detención de Mata-Hari en la cama. De manera que le dije a Josefina -Josefina era un camionero guapísimo que hacía la ruta Burdeos-Bruselas cada viernes llevando hortalizas-: «Anda, guapo, levántate y cómprame los periódicos». Cuando Josefina me trajo los diarios, me llevé un soponcio de aquí te espero. Una cosa es que yo no hubiera vuelto a ver a Mata-Hari -que, por cierto, se había portado conmigo fatal porque, como ya se sabe, los holandeses siempre te la dan con queso- y otra que me alegrara de su desgracia. Aparte de que, bueno... no sé... ¿Mata-Hari una espía? Es verdad que en cuanto veía a un militar se ponía nerviosísima y se le caían las bragas al entresuelo, pero... ¿espíar, espíar, lo que se dice espíar, expuesta a que te peguen un tiro en el mismísimo? No sé.

Me puse de su lado. Ella no se enteró, pero me puse. No me volvieron a llamar a declarar en el proceso porque su defensor -que era un poquito cursi porque antes de la guerra veraneaba en Vichy y se le había subido el gas al cerebello- dijo que la declaración de un mariquita en el Tribunal había causado muy mal efecto. Vamos, como si yo no conociera algún que otro magistrado con más plumas que un avestruz un sábado por la noche camino de Pigalle. Total, peor para ellos. Yo en el juicio había hecho un número «desopilante». Nunca he sabido lo que quiere decir «desopilante», pero es una palabra que utilizo muchísimo. Por ejemplo, cada vez que el camionero me clava el codo en los riñones le grito como si estuviera de parto: «¡Coño, Josefina, no te pongas «desopilante» que me desgracias!».

De todas formas, la gente exagera mucho. Sobre todo la gente del espectáculo. Ese número que acaban ustedes de ver -con una falsa Mata-Hari metida en la cama con una amiga y con unos policías que vienen a detenerla- es, naturalmente, falso. Quiero decir que no se ajusta a la realidad. Mata-Hari nunca fue lesbiana. Lo que sucedió fue que -a raíz de su detención- en muchos cabarets y music-halls de París se inventaron espectáculos aprovechándose de las circunstancias y contando -a su modo- la vida de Mata-Hari.

También yo me aproveché de Mata-Hari. Vino un empresario, me contrató y yo salí a cantar como si la vida siguiera igual. Y es que la vida -la del teatro sobre todo- siempre sigue igual.

(Cambio de luz. Música. PAPÁ BEBÉ canta y baila con el cuerpo de baile.)

BEBÉ-

Ustedes, seguramente,
de mí no se acordarán:
Mata-Hari me dejó
justo después de triunfar.
No importa: aquí estoy señores
que hay mucho que comentar.
Y la última intervención
es ya siempre de Papá.
Vaya España, vaya España,
qué maneras de vivir:
en el Palace y en Madrid,
vaya España, vaya España,
la Cibeles, Romanones
y Azorín.
El Consejo, misterioso,
se marcha a deliberar:
son muy graves las cuestiones
que se debe plantear.
¿Ha actuado la acusada
por orden del alemán?
¿Han muerto nuestros soldados
por esta mujer fatal?
Vaya España, vaya España,

qué maneras de vivir:
en el Palace y en Madrid,
vaya España, vaya España,
la Cibeles, Romanones
y Azorín.

¿Ha sabido la inculpada
la ofensiva militar?

¿Ha informado Mata-Hari
a su amante «Von, Von, Van»?

En su alcoba pornográfica,
con remedos de oriental,

¿se ha burlado Mata-Hari
de esta guerra mundial?

Vaya España, vaya España,
qué maneras de vivir:

en el Palace y en Madrid,
vaya España, vaya España,
la Cibeles, Romanones
y Azorín.

¿Ha advertido al enemigo
de la Entente todo el plan?

¿Se ha valido como siempre
del truquito sexual?

El Consejo reunido
está a punto de acabar;
la sentencia, hecha firme,
nos dirá el Tribunal.

Vaya España, vaya España,
que maneras de vivir:
en el Palace y en Madrid.

(Cambio de luz. Música. Unas monjas colocan los mínimos elementos posibles para insinuar una cárcel. Cuando el cambio está hecho, descubrimos en escena a MATA-HARI y a PAPÁ BEBÉ.)

BEBÉ- Hola. (MATA-HARI **no responde**.) He venido a verte. ¡Qué barbaridad, cuánto papeleo! No querían dejarme. Como no soy de tu familia... Menos mal que tu abogado intervino.

MATA-HARI- ¿Por qué has venido?

BEBÉ- Ya te lo he dicho: quería verte.

MATA-HARI- ¿Para qué? ¿Para añadir otro número a tu espectáculo? ¿Para decir que Mata-Hari está triste, sola... y fea?

BEBÉ- Tú nunca estarás fea.

MATA-HARI- Todo el mundo se burla de mí. Todos me utilizan. Tú también.

BEBÉ- No, yo no.

MATA-HARI- Sí, tú también.

BEBÉ- Es que yo nunca quise ser un héroe, Mata-Hari: yo siempre he sido, modestamente, un profesional. Cuando tú querías pasar a la Historia, yo me limitaba a querer pasar a otro teatro.

MATA-HARI- Aprovecharse de mí cantando cuplés es una mariconada.

BEBÉ- ¿Y qué? También dejarse invadir por los alemanes fue una mariconada y, sin embargo, al final, Francia ganará la guerra. A fin de cuentas, todos terminamos siendo invadidos por alguien: por los alemanes o por un camionero. ¿Qué más da?

MATA-HARI- Hueles a camerino, Papá Bebé, a restaurante de estación, a hotel de provincias... A kimono japonés, a maquillaje... y a puchero.

BEBÉ- Por favor... ¡puchero! En todo caso «marmite», «petite marmite».

MATA-HARI- Con el tiempo, nadie se acordará de ti. Y si alguien te recuerda, será para escribir que un día tuviste la fortuna de conocerme.

BEBÉ- Es posible, pero para entonces ya me habré comido todas las sopas de cebolla de todos los bistrotts de la rue Saint Martin.

MATA-HARI- No tienes grandeza, Papá Bebé.

BEBÉ- No la necesito. Ni la quiero. ¿De qué sirve una grandeza que termina delante de un pelotón de ejecución?

MATA-HARI- Me han condenado.

BEBÉ- Sí; te han condenado.

MATA-HARI- ¿Crees que soy culpable?

BEBÉ- Creo que quieres serlo. Si no te hubieran condenado, tu vida carecería de sentido.

MATA-HARI- No soy una mártir.

BEBÉ- No lo sé.

MATA-HARI- Los mártires mueren por una verdad; yo, en cambio, voy a morir por una mentira.

BEBÉ- ¿La de ser una espía?

MATA-HARI- La de ser Mata-Hari.

BEBÉ- Como en el teatro.

MATA-HARI- Como en el teatro.

(Cantan sin acompañamiento musical; o sea, interpretan una letra que dice.)

LOS DOS.-

Si quieres ser realidad
como en el teatro,
como en el teatro,
sé primero falsedad
como en el teatro,
como en el teatro.
Y si mueres al final
como en el teatro,
como en el teatro,
sal después a saludar
como en el teatro,
como en el teatro.

(Se interrumpen sonriendo. Hay una pausa.)

BEBÉ- Estás condenada a muerte.

(MATA-HARI se yergue, magnífica, como si estuviera interpretando una escena teatral.)

MATA-HARI- No existe la muerte. Ni la vida. Sólo hay continuas y maravillosas metamorfosis. Únicamente el gusano es inmortal. Tú no puedes comprenderme, Papá Bebé. Yo vengo de otro mundo... de Oriente... y, en el fondo, nada que no llegue de allí puede interesarme. Cuando se habla de patrias, mi corazón se vuelve hacia un país lejano donde las pagodas de oro se miran en los ríos. Ni yo misma sé con exactitud de dónde soy: ¿de Benarés?, ¿de Golconda?, ¿de Gwalior?, ¿de Madura?... ¿Qué importa? Hay un secreto en mi origen y en mi sangre. Es posible que alguien algún día lo descubra. Que alguien escriba, por ejemplo, que nací en el sur de la India, en las costas de Malabar, en una ciudad santa que se llama Jaffuapatam, y que mi familia pertenece a la casta sagrada de los brahmanes. Que mi madre, bayadera del templo de Kanda Swany, murió a los catorce años, el mismo día de mi nacimiento, y que los sacerdotes, después de incinerarla, me adoptaron y me bautizaron como Mata-Hari: ojo de la aurora, pupila del amanecer... Y es posible también que ese alguien escriba que fui una criatura predestinada porque la gran sacerdotisa me consagró a Siva y me reveló los misterios del amor y de la fe una noche de primavera cuando los fakires saborean las delicias crueles y divinas del paraíso.

BEBÉ- ¡Bravo, Mata-Hari, bravo! Nunca volveré a encontrar una actriz como tú.

MATA-HARI- Merci, Papá Bebé.

(Hay una pausa.)

BEBÉ- Estás condenada a muerte.

MATA-HARI- Ah, sí, la muerte. ¿Por qué hablas tanto de la muerte?

BEBÉ- Todavía hay una esperanza. Tu abogado ha pedido tu indulto al Presidente de la República. Además...

MATA-HARI- Además... ¿qué?

BEBÉ- Quieren saber la verdad. Si te decidieras a hacer unas nuevas declaraciones, podría intentarse la revisión de tu proceso.

(Pausa.)

MATA-HARI- Y te han encargado a ti que me lo pidieras. ¿Tan mal anda el puchero, Papá Bebé?

BEBÉ- «Marmite»... «Petite Marmitte».

(Otra pausa.)

MATA-HARI- ¿Quieres hacerme un último favor?

BEBÉ- Claro.

MATA-HARI- Búscame un libro. Y tráemelo. O envíamelo, si quieres evitarte la molestia de volver a verme. Se llama «El lote de la buena ley». Empieza con estas palabras: «La joven mártir a quien el verdugo iba a arrancar los ojos gritó: “No importa, porque ya me han dado todos los placeres que podían darme y porque gracias a ellos he aprendido que todo es perecedero, efímero y despreciable”».

(Hay un largo silencio. PAPÁ BEBÉ, sin hablar, saluda y se marcha. Oscuro. Cuando vuelven las luces al escenario, vemos a MATA-HARI. Está durmiendo. La rodean algunos personajes: un oficial -letrado militar-, dos monjas -SOR LEONIDE y SOR MARIE-, el DOCTOR BRALEZ, el Abogado Defensor CLUNET y dos soldados. El OFICIAL indica a SOR MARIE.)

OFICIAL.- Despiértela.

(La monja se acerca a MATA-HARI y, suavemente, le acaricia los cabellos. Poco a poco, MATA-HARI abre los ojos haciendo un esfuerzo para comprender lo que sucede. Después, se incorpora. Lleva una leve camisa de encajes por cuyo escote se adivina el pecho. El OFICIAL adelanta un paso y dice.)

OFICIAL.- El Excmo. Sr. Raymond Poincaré, Presidente de la República Francesa, ha denegado su petición de indulto.

(MATA-HARI entorna, sin querer, los ojos. Luego, comenta suavemente.)

MATA-HARI- Debo de estar muy fea. ¿Quiere darme el espejo, hermana?

(Una de las monjas va a buscar el espejo. El DOCTOR BRALEZ se aproxima.)

DOCTOR BRALEZ.- ¿Necesita algo?

MATA-HARI- Nada, doctor. Me encuentro en muy buenas condiciones físicas esta mañana... para morir.

(Ha regresado la monja -SOR LEONIDE- con el espejo. Parece abrumada.)

MATA-HARI- No se preocupe. Soy una actriz... una buena actriz: mi último espectáculo será muy hermoso, créame.

(MATA-HARI se mira en el espejo mientras comienza a arreglarse. Coquetea con el oficial.)

MATA-HARI- ¿Me encuentra usted bonita, señor oficial?

(El OFICIAL no contesta. MATA-HARI sonríe casi insinuante.)

MATA-HARI- Deme un cigarrillo, por favor.

(El OFICIAL le da y le enciende un cigarrillo al tiempo que las monjas empiezan a vestirla. Se escucha el tema musical de MATA-HARI.)

MATA-HARI- Pónganme mi vestido más de invierno, por favor; hace frío y no quisiera que pensarán, si me ven temblar, que tengo miedo.

(Las monjas continúan vistiéndola en silencio.)

MATA-HARI- Ustedes disculpen, caballeros. Normalmente me visto -y me desnudo- delante de los hombres con más entusiasmo. No quisiera que se llevaran de mí una impresión poco acogedora.

(El tema de MATA-HARI suena dolorosamente sensual. En el contraluz de una supuesta ventana destaca, dramático, el humo del cigarrillo. De repente, la atmósfera se rompe por la voz -que pretende ser enérgica- de CLUNET, el abogado defensor.)

DEFENSOR CLUNET.- Exijo, en nombre del artículo 27 del Código Penal, que se suspenda la ejecución de esta sentencia.

(La música se detiene. Todos se vuelven hacia el anciano, que está muy pálido. El OFICIAL pregunta.)

OFICIAL.- ¿Qué ha dicho usted, señor Clunet?

DEFENSOR CLUNET.- Que la ejecución debe suspenderse.

(Abre el código que tiene en la mano y lee.)

DEFENSOR CLUNET.- «Si una mujer condenada a muerte se declara -y se comprueba- que está encinta, no se ejecutará la sentencia hasta después de dar a luz».

(Una larga pausa. Nadie sabe qué hacer. Sólo MATA-HARI permanece impassible. El abogado CLUNET continúa.)

DEFENSOR CLUNET.- Afirmo que mi defendida está embarazada. No se puede matar, al mismo tiempo que a su madre, a un ser inocente que, en términos jurídicos, ya está vivo. Exijo, de nuevo, la suspensión de la sentencia.

(El OFICIAL, por fin, reacciona.)

OFICIAL.- ¿Me puede usted explicar, señor Clunet, cómo puede estar embarazada una mujer que lleva ocho meses en la cárcel y que en todo este tiempo no ha cohabitado con hombre alguno?

DEFENSOR CLUNET.- Eso es lo que usted supone, señor oficial.

OFICIAL.- ¿Lo supongo? ¿Sólo lo supongo? ¿Conoce usted al hombre que ha podido acostarse con ella?

DEFENSOR CLUNET.- Claro que lo conozco: yo.

(El abogado pretende mantenerse digno, aunque no lo consigue totalmente. Algo hay de patético y de ridículo en su actitud.)

DEFENSOR CLUNET.- Sí, yo. Sería un crimen matar a un niño antes de nacer. Un niño del que, además, yo... yo soy el padre.

(Otra larga pausa. El OFICIAL se encoge de hombros y acepta.)

OFICIAL.- De acuerdo; si la condenada está embarazada, el médico debe comprobarlo. **(Se dirige al DOCTOR BRALEZ.)** Cumpla usted con su obligación, doctor.

(BRALEZ va a acercarse a MATA-HARI. Pero ésta le interrumpe.)

MATA-HARI.- No, doctor; no se moleste. No estoy encinta; nadie me ha tocado desde hace ocho meses; no estoy embarazada. **(Al abogado.)** Gracias, es usted muy inteligente.

(El anciano abre los brazos como si acabara de cumplir con su última obligación. MATA-HARI añade.)

MATA-HARI.- Cuando ustedes quieran, señores. Estoy preparada.

(Empiezan a oírse unos tambores. El OFICIAL llega hasta ella con un papel y un lápiz.)

OFICIAL.- ¿Tiene usted alguna revelación que hacer?

MATA-HARI.- No. Ninguna... ninguna... ¿Para qué? Después de todo, tampoco iban ustedes a creerme...

(Está a punto de andar, cuando se detiene un segundo.)

MATA-HARI.- ¿Que día es hoy, hermana?

SOR MARIE.- 15 de Octubre de 1917... lunes.

MATA-HARI.- Lunes... estaba segura de que sería un lunes.

(Van cambiando las luces al mismo tiempo que se marchan los personajes, desaparecen los mínimos elementos escenográficos y aumenta el volumen de los tambores. Volvemos al espacio desnudo del principio del espectáculo. MATA-HARI se coloca en el centro con las manos en la espalda. Los tambores continúan su «crescendo» hasta estar a punto de convertirse en algo insoportable para el público. De repente, terminan con un golpe seco y duro que debe recordar el sonido de un tiro de gracia. MATA-HARI cae al suelo. Los cristales adquieren un tono sepia de tarjeta postal antigua. Entonces se escucha de nuevo el tema de MATA-HARI que suena ahora dulcísimo. El suelo se ilumina delicadamente y una niña patina sobre él al ritmo de la música. La niña se llama Margarita Gertrudis Zelle -GRETA- y es la misma niña que salió en la parte primera del espectáculo: es decir, MATA-HARI a los quince años. Desde lejos, se escucha cantar a la madre.)

VOZ ANTJE-

Fue en aquel invierno -el más frío de todos-
cuando dejó de oírse su pobre corazón.

La ciudad estaba en calma, las ventanas echadas
y en la torre de la iglesia suspiraba el reló.

Fue en aquel invierno -el más frío de todos-
cuando dejó de oírse su pobre corazón.

Las orquídeas dormidas, los tulipanes quietos,
hacía tanto frío que el Zvider Zee se heló.

**(La niña sigue patinando mientras, lentamente, baja el
telón.)**